

á las autoridades de Guanajuato que él y otros dos compañeros suyos, Fernando Rosas y N. Dominguez, estaban comprometidos en un proyecto para hacer la independencia. Garrido habia sido convencido por el mismo Hidalgo un dia que habia ido la banda de su batallon á Dolores, y parece que lo indujo á hacer la denuncia un D. Mariano Tercero, que era lo que se llamaba un *tinterillo* en los tribunales. El intendente de Guanajuato comisionó inmediatamente á D. Francisco Iriarte, dueño de una de las haciendas cercanas á Dolores, para que prendiese á Hidalgo, mientras que el corregidor Dominguez tenia que proceder contra los comprometidos de Querétaro, en virtud de las órdenes venidas de México; pero quien salvó aquel vasto plan que fracasaba á última hora; quien en aquellos momentos de terror mostró mas presencia de ánimo, fué D<sup>a</sup> Josefa Ortiz, quien hizo avisar á Allende de cuanto pasaba.

Otro hecho que muestra el rango superior de Hidalgo entre los conspiradores, y que era el oráculo y el director de la conspiracion, es que todas aquellas personas que podian escapar de las prisiones de Querétaro, se dirigian á Dolores; y así vemos á Allende y poco despues á Aldama, reunirse á aquel anciano que en el retiro de una humilde aldea conmovia desde entonces todo el vasto territorio de la Nueva-España.

## XII.

No se podrá determinar á punto fijo cuál era el sistema de gobierno que adoptaria Hidalgo al triunfar; pero que este era democrático, es una cosa probada á todas luces. Ahora bien; si Hidalgo era el director ó uno de los directores de las juntas de Querétaro, ¿no es casi seguro que en ellas se hablaba de establecer un gobierno sobre las bases de los nuevos principios liberales, propagados por la revolucion de 93 ó imitados en parte por España durante la invasion francesa? Ya en aquella época, el principio de la soberanía del pueblo empezaba á trastornar los cerebros; ya el Lic. Verdad, habia hablado de él á nombre del ayuntamiento de México en las juntas citadas por Iturrigaray, y la Inquisicion seguia gran número de causas contra sus apóstoles. Lo que sí puede establecerse de seguro, es que Hidalgo y los revolucionarios de Querétaro, pensaban cuando menos en un congreso semejante á las cortes de la Península ó al de los Estados-Unidos, cuyas ventajas habia propagado D. Antonio Rojas desde Nueva-Orleans, en un folleto severamente prohibido por la Inquisicion.

Los que han asegurado como Zavala y Mora, que Hidalgo obraba sin un plan determinado, demuestran no haber estudiado la época y los hombres de que hablan; los que lo suponen queriendo fundar la teocracia, no han comprendido cuál era el carácter de aquel hombre, cuyo despego á la Iglesia fué bien notable.

No se forman conspiraciones, no se comprometen en ellas

millares de individuos de acrisolada honradez, no se levanta todo un pueblo por el solo capricho de un individuo; y cuando una nacion entera se conmueve, es porque se trata de algun principio destinado á variar su existencia política.

El movimiento general que se preparaba para fines de Setiembre ó principios de Octubre, quedaba frustrado con la denuncia de Garrido y las aprehenciones de Querétaro; Hidalgo supo esto el dia 13; y sea porque mandó llamar á Allende, sea porque este sabia que estaba delatado, el caso es que á poco llegó á Dolores. Las noticias que tenian eran vagas; no se sabia á punto fijo cuáles eran las providencias que habia tomado el gobierno; y así no resolvieron nada durante los dias 14 y 15 que permanecieron juntos. Pero la Sra. D. Josefa Ortiz de Dominguez habia hecho avisar á Allende, y su enviado entregó su misiva á Aldama; éste partió con toda velocidad para Dolores, á donde llegó á las dos de la mañana del 16. Los conspiradores estaban aterrados, no veian mas salvacion que la fuga y esta era casi imposible; ante la desgracia que los amenazaba permanecian mudos y no se atrevian á tomar una resolucian. Entonces Hidalgo, levantándose de su asiento, les dijo con voz firme y resuelta: *“Señores, no hay mas que acometer la empresa; estamos perdidos, y no hay mas recurso que ir á cojer gachupines.”*—“Señor, ¿qué va vd. á hacer?”—repuso Aldama; pero inflexible y sin variar su primera determinacion, hizo llamar á su hermano D. Mariano, á D. José Santos Villa, al P. Bayeza y á cosa de diez dependientes, entre los que se contaban D. Pedro Garcia y un tal Portito, que mas tarde han referido á viajeros que pasaban por Dolores los sucesos de esa noche; y armándoles con unas espadas del batallon de la reina que franqueó el sargento Martinez, se dirigieron á la cárcel para poner en libertad á los presos, mientras que por otro lado se aprehendia al subdelegado Rincon y á todos los españoles que vivian en el pueblo, dejando sus intereses al cuidado de sus familias ó sus dependientes criollos.



Casa que habitó en Dolores el inmortal D. Miguel Hidalgo.

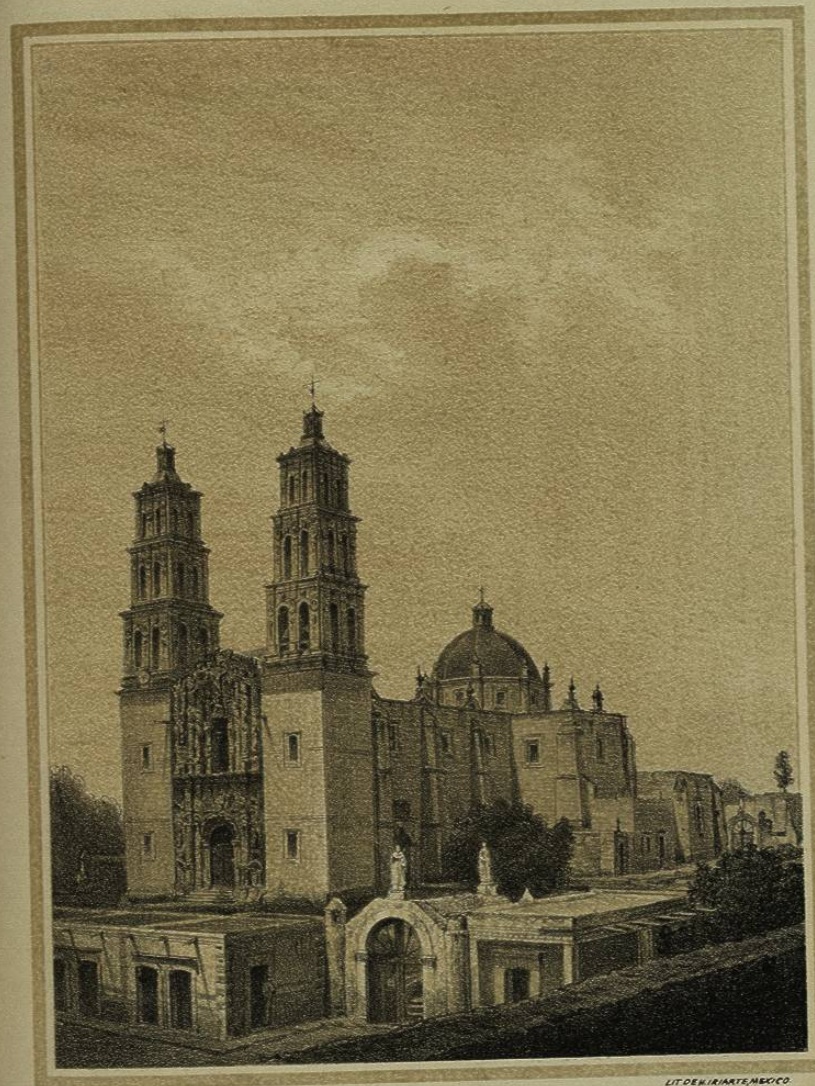
## XIII.

Así principió esa guerra que debia durar once años y que debia concluir con la independenciam de México. En ningun acto de su vida se mostró mas grande Hidalgo como en esa noche, en que olvidando que su estado lo salvaba de la muerte, en que comprendiendo la inmensa responsabilidad que se echaba, y sin mas elementos que unos quince hombres mal armados, se lanzó á la lucha confiando en la justicia de su causa. ¡Qué sublime contraste presentan esos hombres, que así abandonaban hogares y familias ante un porvenir incierto y una muerte segura, y los que confiados en su inmenso poder veian como una simple asonada los sucesos de esa noche! Quién sabe si Hidalgo sospecharia el éxito que iba á tener su valeroso arranque, su decision verdaderamente heroica; pero su inspiracion no pudo ser mas grandiosa ni mas sublime. Jugar el todo por el todo, comprometer su vida, abandonar su tranquilidad, perder toda esperanza de salvarse, á tanto equivalia aquella frase: *Señores, vamos no hay mas que acometer la empresa.* Accion admirable bajo todos aspectos, y mucho mas en un anciano cuyo vigor parecia para siempre dormido bajo la nieve de los años. El hombre que en esos momentos de asombro y de terror, no pierde la entereza de ánimo; el que se lanza resueltamente, sin elementos, sin poderse formar un plan, sin saber cuál va á ser su suerte, y todo esto despreciando la salvacion y la vida, ese hombre es un héroe de talla gigantesca, uno de esos seres que influyen poderosamente en los destinos de los pueblos y

en la regeneracion de las sociedades. Hidalgo necesitaba una gran fé para lanzarse así, solo, en la mas audaz de las revoluciones; una fé profunda en que la independenciam tenia que realizarse; en que la nacion la anhelaba, y en que toda ella se levantaria para conquistarla; y el hombre que obra inspirado bajo un móvil semejante, no es el revolucionario vulgar, sino el redentor sublime que viene á resucitar las conciencias muertas; que viene á redimir á los esclavos, y que viene á plantear un nuevo dogma encerrado en estas palabras: Libertad, Independencia. ¡Hermoso y sublime fué aquel instantel ¡Ejemplo no perdido para los pueblos y los hombres, fué aquel desafio audaz al despotismo y al poder, hecho en nombre de lo justicia por unos cuantos conspiradores perseguidos! Ellos triunfaron al fin: poco importa que encontraran un cadalso en su camino, si al cabo hubo de realizarse su heróico intento de dar una nacionalidad á ocho millones de párias, que gemian en la mas oprobiosa de las servidumbres!

XIV.

La aurora del 16 de Setiembre de 1810 fué saludada con los primeros acentos libres que se pronunciaron en la colonia; las campanas de Dolores saludaban al dia con alegres repiques, mientras los labradores escuchaban al que habia sido por tantos años su padre, su ángel bueno, que los llamaba á conquistar una patria á los gritos de *¡Viva la Independencia! ¡Viva la América! mueran los gachupines!* gritos que expresaban el deseo y el ódio de aquellos hombres, su-



PARROQUIA DE DOLORES HIDALGO,  
donde se celebró el grito de independencia.

bian al cielo como sublime canto de guerra, mientras que los primeros albores del sol naciente deshacian la bruma de la mañana, y despertaban al pájaro cantor dormido en su palacio de hojas. Era domingo, los rancheros de las haciendas vecinas, los pastores, los labriegos de todas las cercanías se dirijian al templo; pero antes de llegar á él, se encontraban con que un secreto instinto les hacia convertir sus útiles de labranza en armas para seguir á su cura, trasformado en apóstol de una nueva fé. Todos en masa lo siguieron; y á las pocas horas de proclamada la independencia, sus soldados se centuplicaban á cada instante.

La revolucion no contaba con ninguna clase de elementos: los que tenia en las ciudades, habian sido neutralizados por la vigilancia y aprehensiones del gobierno, y todo lo convenido anteriormente en las juntas de Querétaro venia á tierra, de modo que Hidalgo no podia seguir por su necesaria precipitacion ningun plan, ningun programa fijo. Proclamar la independencia, luchar á muerte contra los españoles, emplear sus caudales en fomentar la guerra, mirar á todo europeo como enemigo de su causa, y dejar todo en el mismo estado hasta el dia del triunfo en que se debia convocar *un congreso compuesto de representantes de todas las ciudades, villas y lugares del reino*, tal fué el único y sencillo plan que siguió impulsado por la precipitacion de los sucesos. Hidalgo no es ni puede ser culpable de no haber fijado un programa á la revolucion, cuando esta tenia que principiar de una manera violenta y desusada. Si un escrúpulo ridículo lo hubiese arredrado esa noche; si temeroso de excesos que él mismo no podia prever ó en la espera de una ocasion mas propicia, hubiera esperado tranquilamente los acontecimientos, la independencia se hubiera realizado algun dia, pero acosta tambien de mayores sacrificios, porque el tirano estaba ya despierto y sabia que cada criollo era un conspirador; todo intento futuro hubiera abortado, y México habria permanecido quién sabe por cuanto tiempo bajo el yugo español.

Hidalgo desde ese dia tuvo un objeto: la independencia;

un plan de accion: destruir cuanto se opusiese á ella; una forma preconcebida de gobierno para el dia del triunfo: la representacion nacional. Exigir mas, pretender que un hombre que al emprender una revolucion se encuentra con quince combatientes, y contra el cual se levantaban airados todos los elementos de un gobierno rico y poderoso, se ocupase de proclamas, es exigir, es pretender un imposible. En el curso de los sucesos, cuando ya pudo establecer un aparato de gobierno, empezó á introducir algunas liberales ó importantes mejoras; pero en los primeros dias, solo pensaba en hacer prosélitos y en buscar recursos materiales.

Alaman en su ímproba tarea de calumniar á los primeros libertadores de México y hablando de ese dia memorable dice: que solemnizar el 16 de Setiembre es una funcion capaz de destruir toda idea de moral y de decoro en una nacion. Ciertamente es, y nadie pretende negarlo, que la revolucion tomó un carácter sangriento que dió lugar á excesos de parte de las masas ignorantes; que encendió ódios implacables; ¿pero qué revolucion es aquella que se hace sin semejantes trastornos? Tratábase de un principio que por su sola esencia tenia que perturbar multitud de intereses, y dividir á los habitantes de la colonia en dos bandos políticos; tratábase de una idea que una parte ilustrada de los criollos podia comprender en abstracto; pero que la plebe, las masas, aunque era para ellas un deseo, no lo podian expresar sino matando á los que ellos consideraban como sus tiranos. Sucedia en la sociedad de aquel tiempo un fenómeno bastante curioso; la nacion deseaba la independencía, y sin embargo, no todos la podian comprender; los indios, los labriegos que seguian á Hidalgo y los que en las poblaciones se entregaban al saqueo, lo hacian mas bien guiados por un secreto instinto, por un anhelo sentido, pero no expresado: las palabras independencía y libertad, eran para la mayoría del pueblo de aquella época unas palabras mágicas que lo atraian que lo impulsaban á la lucha, y que expresaban sus deseos de un bienestar no definido. ¿Qué mucho que los hombres que

por una falta absoluta de instruccion, caminaban á ciegas, que sentian y no podian expresar sus sentimientos, cometiesen yerros y excesos propios de toda revolucion social? Porque el saqueo y el pillaje estuvieron á la órden del dia en los primeros instantes de aquella guerra, se la debe condenar como injusta y sin provecho? ¿Acaso habrá quien se atreva á asegurar que la revolucion francesa no fué útil á la causa de la humanidad, porque principió con las matanzas de Setiembre? Hidalgo y sus compañeros no podian contener aquellos excesos; instantes hay en que los acontecimientos son mas fuertes que la voluntad de sus autores, y en que luchar contra ellos, no solo es temeridad, sino locura. Supongamos que los que cometieron los primeros excesos de la revolucion merecian el nombre de bandidos, ¿tendriamos que llamar á la nacion mexicana una nacion de bandoleros? ¿y de quién era la culpa en este caso? de los que habian gobernado y educado; de los españoles que no habian sabido infundir á sus esclavos ni el menor principio de moral. Las recriminaciones son inútiles en la historia; pero si la imparcialidad es un deber del historiador, demos en buena hora á cada hecho el nombre que merece; pero notemos tambien las causas que la motivaron, y véamos si estas causas tenian una razon de sér de tal manera lógica que nadie podria variarla; y sobre todo, no condenemos una guerra justa que busca realizar un principio salvador; que tiene por objeto regenerar á un pueblo; que tiende á hacer progresar la humanidad aumentando el número de las naciones libres, porque se haya derramado en sus primeros dias la sangre de unas cuantas víctimas, y se hayan saqueado las tiendas de cierto número de ciudadanos muy honrados, pero cuyas fortunas no hacian ciertamente la felicidad pública.

“Las bandas indisciplinadas y rencorosas, dice el Sr. Orozco y Berra al combatir á Alaman, saqueaban las casas de los que creian sus enemigos; les daban despiadadamente muerte, si se quiere, y esto ni el número, ni con la precision con que se ha escrito; las ciudades quedaban enteras; los ha-

bitantes asustados; los desmanes cometidos eran idénticos á los que han tenido todas las guerras en que se quiere sacudir el yugo, las luchas que por precision deben ser á muerte; porque los bandos se dividen en señores y esclavos, en opresores y oprimidos, en tiranos y rebeldes. El ejemplo no es nuevo; la historia está llena de recuerdos de estas cosas, y aun mas horrorosas y llenas de crímenes que lo pasado entre nosotros. Poner el grito en el cielo porque las revoluciones acarreen desastres, es quejarse de lo imposible, gritar por gana de hacer ruido. En México la industria, el comercio, la minería, padecieron y casi se arruinaron; no fué porque la destruyeran los ladrones: era una consecuencia del estado de guerra; donde quiera que se interrumpe la paz sucede otro tanto, aun cuando sea por motivo de una cruzada.”

Hidalgo salió el mismo dia con la gente que habia reunido, para San Miguel el Grande, poblacion de muchos recursos y que habia sido el centro primitivo de la conspiracion, é hizo su primer parada en la hacienda de Erre, donde aprehendió á otro español. Convínose en que se haria alto en el santuario de Atotonilco antes de entrar á San Miguel, y á esta casualidad se debe una de las faces mas notables de la revolucion.

En el santuario de Atotonilco, Hidalgo tomó una imágen de Guadalupe, y haciendo que un soldado la llevase por delante, causó un entusiasmo tal en los que le seguian, que siguiendo este ejemplo, cada uno se colocaba una estampa de la vírgen en el sombrero, ó prorrumpia en vivas á la presencia de la nueva bandera.

## XV.

Hidalgo era indudablemente un hombre superior, que comprendia la gran distancia que habia entre él y las masas de entonces, y sabia perfectamente que la sola voz de *Independencia*, aunque espresaba un anhelo de todas las clases sociales, no era bastante para levantar aquel ejército numeroso y desordenado, que opuso en los primeros dias á las tropas españolas; quiso excitar los móviles mas poderosos para aquella turba, y se valió del fanatismo y del deseo de venganza, que como comprimido volcan rugia desde mucho tiempo atras entre la clase criolla. Semejante conducta, vistas las circunstancias en que se proclamó la independencia, demostraba un gran tacto político y una inteligencia superior, era la única que podia salvar la libertad en aquellos momentos de delacion y defecciones. Con semejante idea, principió Hidalgo por invocar á la religion al instante de llamar á sus feligreses á la mas santa de las luchas; pero su estrella quiso que al pasar por el santuario de Atotonilco, en presencia de una imágen de Guadalupe, le viniese otra idea fecunda en resultados prácticos. Aquella imágen, que la habilidad de los primeros sacerdotes de la colonia habia supuesto aparecida en las rocas del Tepeyac, representaba, por decirlo así, la nacionalidad mexicana; era una vírgen indígena, era un enviado directo de Dios á los descendientes de los vencidos, y que no recordaba ninguna escena de sangre y de martirio como los dioses importados de Ultramar. Hidalgo comprendió y con razon, que convertir á la imágen de Guadalupe en

símbolo de su causa, era tanto como opener al poder español de tres siglos, tres siglos también de lágrimas, de preces, de esperanzas; equivalía á convertir toda la población indígena en un solo combatiente.

Algunos suponen que la noche misma del 15 de Setiembre, Hidalgo lanzó el grito de *Viva la virgen de Guadalupe*; esto no es exacto: esta imagen no fué el lábaro de los primeros insurgentes, sino después de que pasaron frente al santuario de Atotonilco. Aun existe en poder del hijo del denodado insurgente Víctor Rosales, el diseño original de la primera bandera de Hidalgo que tenía la forma de un estandarte, que fué hecho con uno de los pálidos de la parroquia de Dolores, y sobre el cual se puso un escudo muy parecido al adoptado después de la independencia y que era de papel negro recortado.

## XVI.

La noche del 16 se pasó en aprehender á los españoles, en evitar los saqueos y en incorporar al aparato de ejército venido de Dolores, el regimiento de la reina. Al día siguiente se convocó una junta de los principales vecinos, para nombrar las autoridades, y medio organizar á la multitud de rancheros y campesinos, que al grito de independencia habían abandonado sus hogares y familias; y conociendo Allende de la población, se encargó de alojar á las tropas y convocar al ayuntamiento. Estas funciones eran más propias de un subalterno que de un jefe, y no prueban el aserto del Sr. Liceaga sobre que Allende tuviese en aquellos momentos supe-

rioridad sobre Hidalgo. Allende conocía la población, era vecino de ella, nadie mejor que él podía dirigir los primeros actos de la entrada. Además, allí se encontraba el regimiento de la reina que se unió con los insurgentes, y la influencia que sobre él ejercía Allende le obligaban forzosamente á figurar en primera línea en los acontecimientos de aquel día. El Sr. Liceaga afirma, fundándose sin duda en tradiciones y dichos de testigos oculares, que por haber evitado Allende el saqueo, se suscitó una discusión entre él é Hidalgo, sobre si era necesario ó no, disimular ó castigar menos severamente el robo en aquellas circunstancias; que esta discusión dió lugar á que Hidalgo propusiera que se fijasen la representación y facultades que cada uno debía tener, y finalmente, que al otro día con motivo de haber interceptado un pliego, Allende dijo á Hidalgo: "Señor cura, este oficio decide el punto que poco há se ha ventilado. Riaño le previene al subdelegado que con la velocidad del rayo nos aprehenda á Aldama y á mí, y que si es posible haga otro tanto con vd.; porque su talento, carácter y nombradía, harán á la revolución más vigorosa y formidable, y como este concepto es igual al que yo he manifestado últimamente, no puedo menos que resolverme á que usted sea el que lleve la voz y mando en la empresa, ofreciendo y comprometiéndome, sin embargo, á que mi espada será la primera en los combates," y que Hidalgo desde ese instante fué el corifeo de la revolución. Dando por cierto este hecho harto verosímil, él no viene á probar más, sino que la precipitación con que se inició aquella guerra impidió formar un plan, y que tuvieron sus caudillos que irse normando en la corriente misma de los sucesos.

## XVII.

La estancia en San Miguel, por más tiempo, era del todo punto inútil, y así, con el proyecto de avanzar sobre Guana-



juato, donde había grandes recursos, Hidalgo siguió por la Sierra pasando por Chamacuero hasta Celaya, á cuya poblacion llegó el 19. Por donde quiera que pasaba se le unía la gente del campo y su ejército aumentaba cada dia de tal modo, que ya al llegar á esta última poblacion ascendía á cincuenta mil hombres, compuesto del regimiento de la Reina, de los rancheros de las haciendas, de una multitud de indios armados de picas, hondas y garrotes y de toda aquella parte vagabunda de las poblaciones que á la idea del saqueo vislumbraba un lucro y una fortuna fácil de adquirir. Antes de entrar á Celaya, Hidalgo intimó rendicion á la ciudad en la duda de si encontraría ó no resistencia. La intimacion estaba concebida en estos términos: "Nos hemos acercado á esta ciudad con el objeto de asegurar las personas de todos los europeos: si se entregasen á discrecion, serán tratadas sus personas con humanidad; pero si por el contrario, se hiciese resistencia por su parte y se mandare dar fuego contra nosotros, se tratarán con todo el rigor que corresponde á su resistencia: esperamos pronto la respuesta para proceder. Dios guarde á vdes. muchos años. Campo de batalla, Setiembre 19 de 1810.—*Miguel Hidalgo*.—*Ignacio Allende*."

"P. D.—En el momento en que se mande dar fuego contra nosotros, serán degollados sesenta y ocho europeos que traemos á nuestra disposicion.—*Hidalgo*.—*Allende*.—Señores del ayuntamiento de Celaya."

Al recibir este oficio el subdelegado, algunos españoles y el coronel del regimiento provincial de infantería, se retiraron para Querétaro, haciendo Hidalgo su entrada solemne el 21. Ningun incidente lamentable hubiera ocurrido en ella á no haberse disparado un tiro al pasar las tropas insurgentes frente á una casa cercana al meson donde se alojó Hidalgo: este tiro fué una señal para el saqueo; pero en honor de la verdad, aquel saqueo no tuvo las trascendentales consecuencias que en otras ocasiones. La circunstancia de haber convocado Hidalgo al ayuntamiento para el dia siguiente y de haberle nombrado ese mismo dia capitán general, dió lugar

á que Alaman opinase que el ayuntamiento de Celaya había hecho éste y los demas nombramientos recaidos en los demas gefes de la revolucion; pero este aserto se haya desmentido por la intimacion de Hidalgo al intendente Riaño antes del ataque de Granaditas; por la declaracion del mismo en el proceso de Chihuahua, en la que al contestar sobre los empleos que obtuvo, dijo terminantemente que había tenido el de capitán general que se le confirió en Celaya por el ejército que lo seguia, el cual conservó hasta Acámbaro, donde la oficialidad del mismo ejército le dió el de generalísimo y por el testimonio de los antiguos dragones de la Reina citados por el Sr. Liceaga en sus rectificaciones á Alaman. Haciendo punto omiso de lo ridículo que es ver á un ayuntamiento confiriendo empleos militares, nada tiene de particular que Hidalgo solicitase la aprobacion del de Celaya para aquel acto, como parece indicarlo en su comunicacion á Riaño; el ayuntamiento de Celaya era al fin una autoridad legítima á todas luces, que si no entraba en sus atribuciones conferir dignidades ni empleos de semejante categoría, si les daba gran fuerza moral sancionándolos con su presencia y su consentimiento.

## XVIII.

Mientras que Hidalgo con su ejército, aumentado con dos compañías del regimiento provincial de Celaya, se dirigia á Guanajuato, las autoridades de esta ciudad y el gobierno, se preparaban á combatirlo.

Todo se conmovió por aquellos dias en Nueva-España.